



Amanda Pedrozo

Síndrome

I

Santiago le quema los brazos. El doctor Treviño dijo que los análisis estarían en dos horas, pero el chico empeora y precisamente ella no lo va a dejar mirándola con esos ojos que la vieron desde dentro, cuando entre ellos no había distingos. Estuvo así desde la tarde de ayer, pero hasta el grito de la tía Teresa por los vómitos en el cuarto de baño, nadie imaginó más allá de una gripe.

Además de la toalla que alguien le alcanzó cuando subieron al taxi, Irene no trajo sino el chupete Simpson, la agenda con los teléfonos y nada, ni siquiera una ropa de cambio previendo la internación a la que no termina de acostumbrarse. ¿Su enanito delirando de fiebre en una habitación verde agua con olor a detergente, a jeringas de líquido anaranjado haciendo burbujas antes de perderse en su carne de niño consentido, de pequeñito de mamá corriendo hasta la puerta a las 18.30, cuando después de los besos vienen los peluches, los chupetines de miel, las zapatillas de goma con figuritas de la tele? Habrá que llamar a Miguel. Tiene derecho a saber sobre su hijo, porque lo es, aunque jamás olvide sus mentiras, sus visitas interrumpidas (siempre mirando el reloj sin presentir cuánto daño le hacía, cuánto se quería morir viéndolo irse temprano a casa, junto a la esposa de la que no se separó porque no quiso. En eso, después supo, nunca hay misterios).

Quizás la tía Teresa lo llame, o a la mañana, después de la ronda de médicos si consigue un poco de calma y una ficha telefónica. El trabajo no es problema. Bastará un aviso sobre la internación de Santiago, contarles sobre el resultado de los análisis que no llegan aunque dan las once, treinta minutos de retraso si recuerda las palabras del doctor. ¿Mala señal? No podría saberlo. Probablemente despertaron a alguien para trabajar en el [66] laboratorio. Prender los equipos sin ayudantes y con la noche en

contra, el doctor pidiendo los resultados antes que nada, antes de hablar con los parientes. De todas maneras, lo de su bebito no puede ser más que un susto, uno igual al de todas las semanas, cuando la tía Teresa lo lleva al parque y no vuelven sino cuando los focos terminan de prenderse en las casas de la cuadra, y eso que les dice, pero la tía se excusa por ambos, le cuenta sobre Federico frente al espectáculo de los fluorescentes relampagueando como si estuviese a punto de llover.

Meningitis. Daban la una cuando la enfermera de guardia empujó la puerta de la sala de espera. El doctor Treviño pedía por ella. «Meningitis, señora». Eso dijo. De corrido, como si el término pudiese caber en su vida. «¿Y entonces?», preguntó Irene por salvar el espacio entre sus lágrimas y ese mundo de angustia que comenzaba a insinuársele desde las gafas circulares del doctor Treviño, desde la boca del doctor pidiendo a la asistente por una enfermera Marcela del área de Pediatría, una muchacha pecosa, el pelo claro recogido detrás del gorrito, el cuerpo blanco llenando el rectángulo de la puerta. No vio más. Perdió el conocimiento y cuando se repuso le pareció verla, junto al sofá, leyendo una revista, pero no fue así.

Un presentimiento le arrebató el sueño con la fuerza de una bofetada. Bajó las escaleras lastimándose los tobillos por el apuro. Tomó el pasillo de baldosas verdes, empujó la puerta del área de Pediatría y ni siquiera la detuvo la figura corpulenta del doctor intentando cortarle el paso. No supo cuánto tiempo estuvo inconsciente, pero no fue poco porque en las ventanas del hospital comenzaban a distinguirse las primeras luces de la mañana. La sala 8, lo recordaba, la puerta asegurada. ¿Por qué? No tenía tiempo de analizar sus actos. Alcanzó al doctor Treviño cerca de la puerta de salida. Le exigió la dejase ver a su chiquito. Amenazó con hablar con el director del hospital.

-¿Se acuerda del documento de admisión que firmó? Usted se sometió a nuestras reglas, señora, y ellas establecen visitas a la media mañana y a las cinco de la tarde, de media hora. Vaya a casa, [67] no tiene motivos para no estarlo. Las pruebas dieron negativo. Su hijo solamente tiene un empacho. Lo tendremos en observación hasta mañana.

No descansó. La tía Teresa la acompañó de vuelta al hospital. «¿Pero está bien?», insistía sospechando algo malo con el niño, y ella volvía con lo del empacho, el susto innecesario de la noche y las palabras del médico. Era eso. No le gustó el tono del doctor Treviño. No tenía necesidad de ese tono. De todas maneras podía retirara al chico. Cambiarlo de hospital. ¿Por qué dijo las cosas así, como dejando en claro su autoridad? ¿Por qué la sala de Santiago estaba llaveada? No debió dejarlo solo. ¿Y si le había pasado algo que nadie se atrevía a decirle? ¿Y si lo querían utilizar como donador de órganos o para algún experimento peligroso?

Llegaron al hospital en aquel punto de su desesperación. Teresa la alcanzó en la recepción indignada por su actuación descortés. «Me dejaste sola con el taxista», protestó, y aunque Irene la escuchó, le pidió que volviese a salir hasta los teléfonos públicos. «Decile a Miguel que lo necesitamos», dijo sin saber lo que sus palabras significaban y se echó a correr hasta el pabellón de Pediatría, la puerta de acceso y nada más en el mundo que la 8, la habitación donde su chiquito le esperaba.

No supo con quiénes se cruzó en el pasillo, si le hablaron o le preguntaron algo. En aquel momento sólo existía aquella puerta. Probó. Estaba abierta. Un sonido arrullador,

¿una canción de cuna?, se escapaba del cuarto. La enfermera de la madrugada, Marcela, balanceaba a su hijo en una hamaca de mimbre instalada al lado de la cuna.

Por su aspecto, se diría que pasó la noche en el cuarto. Estaba descalza, el pelo desarreglado, el guardapolvo subido por encima de las rodillas. Tenía los ojos cerrados y su canción era un murmullo confuso apretado entre los dientes.

Irene no lo pensó dos veces. Cruzó la habitación, se paró frente a la hamaca y retiró los brazos de la muchacha para tomar a Santiago. Los ojos de la enfermera se abrieron asustados. «Permiso. Quiero a mi hijo», le dijo. Estaba dormido. Tenía más color. Lejos quedaba la palidez de la noche. [68]

Irene no supo cuándo se fue la enfermera ni en qué momento entró la tía Teresa y se puso a jugar con el chico un poco débil todavía por los medicamentos, por el suero que seguramente le retiraron a la madrugada. Miguel no tardó. Le reprochó haberlo tenido al margen, «¿no podés acordarte de que soy el padre?», protestó. Vestía un traje crema, camisa blanca y corbata. Era hermoso, como Santiago.

Hubo un tiempo en que las siestas eran de ambos (fueron amantes; sólo podían adueñarse de cosas universales). Él dormía, la sábana de seda subida hasta la boca, el cuerpo desnudo rozándole los brazos. Jamás le contó lo feliz que se sentía entonces, cuando acurrucada junto a él le decía que lo amaba, una y otra vez, convencida de que dichas así las palabras llegaban al fondo.

-Encontré al doctor Treviño en el corredor. Me puso al tanto. No te preocupes, es sólo un empacho-. Federico escuchó a su padre y le tendió los brazos. Estuvieron en el cuarto la justa media hora establecida por el reglamento. Cuando la puerta se abrió y entró la enfermera con el pelo en orden y la cara lavada, supieron que había concluido.

Teresa y Miguel salieron. Ella no. No podía. Su bebito estaba inquieto. La enfermera le devolvía el temor al suero, a las inyecciones de la noche. «Se tiene que ir», dijo una voz firme a sus espaldas. Santiago comenzó a llorar. «¿Usted me va a sacar?», dijo Irene evitando verla a la cara. «Sí», contestó la joven. «Hágalo entonces», le respondió tomando al niño en sus brazos. La enfermera estaba a unos pasos. ¿Cuánto tendría? ¿Veinticuatro años? No. Menos. Era delgada, el pelo levemente rojizo, los ya conocidos ojos claros, el rostro serio. No le gustaba su tono. Se parecía al del doctor Treviño.

La enfermera salió del cuarto. Cuando volvió, el doctor estaba con ella. Lo tenía decidido. Llevaría a su hijo a otra clínica. «¿Está segura de lo que está haciendo, señora?», dijo Treviño. Le pareció sentir de nuevo un poco de fiebre en el chico, pero no dijo nada. Sólo avanzó hacia la puerta. En ese momento, Santiago vomitó.

Con la rapidez de un felino, Marcela se lanzó sobre ella y le [69] arrebató el niño. «Irene... ¿por qué te comportás de esa manera?», dijo y Miguel cuando a pedido del médico, volvió para sacarla del cuarto. Ella no tenía respuestas.

La enfermera Marcela Ramos tuvo una infancia donde no hubieron amigos porque ella jamás los quiso. Su familia la recordaba prefiriendo el silencio de una cocina al comedor donde todos se reunían para compartir los alimentos, la tristeza de las escaleras desnudas de la sala grande (siempre estaba sentada en los escalones), el desamparo de las ventanas de la sala donde los pájaros se despedían de las tardes del Morra, el barrio de su niñez. Pero no fue sino hasta la muerte de Caramelo, el perro de la casa, que tomó conciencia de sí misma. Ella lo había matado.

A esa siguieron otras muertes a las que nadie dio importancia. El gato siamés de la tía, el loro del abuelo, otro perro, Capullo, que siguió la misma suerte de su antecesor aunque con una diferencia: la familia sospechó de ella.

Cuando los vecinos comenzaron a quejarse por la muerte de sus mascotas, su madre la interrogó, pero su padre salió en su defensa haciendo ver lo poco probable de la acusación. ¿Una niña de seis años asesinando mastines furiosos como el par del señor Arnaldo? Las sospechas se disiparon con un razonamiento de tanto peso, y aunque las muertes siguieron no se volvió a tocar el tema.

La casa de los Ramos, de puro estilo colonial, tenía sus encantos concentrados en el olor inolvidable de los guisos de verdura de la abuela, la enramada de jazmines, la cal siempre fresca de las paredes, los muebles con ese olor a madera que daban ganas de llevárselos a la boca. Por las tardes, el agua de la manguera formaba una película finísima en las macetas, alrededor de los árboles, en las salientes de las ventanas destinadas a las petunias, una manta sin color que se iba escondiendo en la tierra con la perfección de la naturaleza para esas cosas.

Después estaban las solteronas ensortijadas de luciérnagas a [70] la hora de la tarde en que los patios resucitan, las rosas, la parra tendida sobre soportes oscurecidos de musgo, las macetas repartidas en los galpones que rodeaban la casa.

No podía decir que sus padres la consintieron. La amaron con moderación, lo que jamás les perdonó porque su espíritu exigía sacrificios definitivos (nada servía si alguien no moría por ello).

Marcela esperó el primer amor dispuesta a no soportarlo, un amor que nunca llegó como quiso. La muchacha tenía dificultad para experimentar emociones, lo que no admitió sino cuando abrió los ojos en medio de su primer beso con Aníbal Berino, capitán del equipo de baloncesto del secundario.

Lo conoció en el desfile del día de la independencia, en el parque nacional. Los hermosos ojos de Marcela bastaron para llamar la atención del muchacho, siempre dispuesto a galantear con una hermosa señorita. Lo volvió a ver en la kermés del día de la juventud, buscándola con tanto descaro, que le bastó identificarla para cruzar el patio adornado con luces de celofán y guirnaldas e invitarla con un refresco. Se comenzaron a citar en misa de domingos. En paseos diarios por las esquinas del Morra, apenas entrada la tarde.

Habían quedado en encontrarse aquel domingo, durante la misa. «Me voy a morir», pensaba Marcela viéndolo entre la quinta y sexta columna de la nave central, debajo de la pintura del Cristo Pescador. Inventó una disculpa para salir de la hilera de fieles y él

la siguió hasta la parte trasera de la capilla donde la recostó, le acarició las manos, el hombro, el rostro, le pasó uno de sus dedos blancos por la boca y le acercó sus labios. La muchacha se preparó para el delirio. Cuando abrió los ojos él todavía los tenía cerrados, sus manos sudadas le humedecían la cintura, el cuerpo desencajado en un temblor regular (como afectado por una corriente de aire), una mueca de sufrimiento alterando las líneas de su rostro. Eran las siete de la tarde. A sus quince años. Marcela supo en ese momento que había fracasado. Pensó cuán lejos estaba aquello de la emoción que sintió cuando Caramelo agonizó en sus brazos. Fue la primera vez que lo dieron todo por ella. [71]

III

Estuvieron en la cantina del hospital compartiendo silencio sobre todo, uno especial, aquel de cuando les pasaba algo. «¿Qué es?», insistió Miguel. No había nadie más. La tía Teresa se quedó en el pasillo por si Treviño los necesitaba, cosa que por cierto se comenzaba a dudar. Se quedaron así mucho rato. Él juró volver a la tarde. Dejó teléfonos, recomendaciones, un beso cuyo sabor retenía Irene con los ojos cerrados, incapaz de imaginar lo que a partir de entonces correspondía hacer. ¿Se sentía culpable? No sabía. Esa enfermera la ponía nerviosa. Sentía su mirada sobre ella. ¿Celos? Imposible. Quizá si la historia hubiese comenzado con su chiquito durmiendo en los brazos de aquella extraña, pero fue antes, en el consultorio de Treviño. Entonces sintió, sin saber lo que era, algo que tampoco podía definir ahora, pero que por lo menos comenzaba a resultarle familiar.

-Perdone. La estuve observando y... ¿Se siente bien, señora? Si desea puedo llamar a un médico, quizá un vaso de agua fría... ¿Quiere?

Le costó salir de aquella noche apretada ¿como un niño? entre los brazos. Lo primero que vio fue las 11.45 del reloj de pared. Después, a ella. Una señora muy perfumada, el pelo con olor a brushing, la mañana alumbrando en su cara como un flash.

-Es extraño encontrar a alguien. El hospital es muy estricto. Antes esta cantina no hubiese estado vacía tan cerca del mediodía, pero después vino la nueva dirección, las horas de visita. ¿No la molesto? ¿Me puedo sentar? -Faltaban cinco horas para ver a Federico.

-¿Un pariente enfermo? -preguntó Irene tratando de ser amable.

-No -fue la respuesta que recibió. Ah, trabaja en este lugar, pensó, y como si la mujer lo adivinase le aclaró: -Trabajo a un par de calles, en la rotisería. Hace seis meses interné a mi hija. Falleció. Desde entonces vengo, todas las siestas. Eso me alivia.

¿Qué podía decirle? Siempre le sorprendió la capacidad de las [72] personas para sobrevivir a las tragedias. Sin embargo, la señora le contó una historia que la interesó desde el momento que nombró a Marcela, la enfermera de su hijo.

-Mi nena entró un 5 de julio con una neumonía. Los médicos dijeron que llegamos a tiempo. Ya le conté sobre el fallecimiento. La trajimos a las seis de la tarde envuelta en frazadas, con una fiebre terrible. De urgencia la llevaron a sala de internos y le asignaron una enfermera, una tal señorita Marcela. No nos dejaron quedarnos a la madrugada. La nena estaba bastante mejor cuando la dejamos, pero doce horas después entró en coma. Nadie pudo decirnos qué pasó. Le pusieron oxígeno y nos apartaron de ella. Falleció esa tarde. Tuvo un acceso de tos, un problema de respiración. No pudieron salvarla.

-¿Qué tiene que ver la enfermera?

-A ella la volví a ver en el sepelio y después en casa, para los pésames. Usted debe saber sobre la investigación. Diecisiete niños en tres meses. Los padres querellaron, por negligencia. Nadie cree en la casualidad. Son demasiadas muertes.

-¿Diecisiete niños murieron?

-Sí. ¿No lo sabía? El Ministerio de Salud también intervino. ¿Vio qué pocos pacientes en sala de Pediatría? ¿No se fijó?

El consultorio externo del doctor Treviño estaba en su apogeo. «No hay números», dijo una secretaria de cara desagradable a quien Irene ni siquiera preguntó si podía pasar. Eran las tres y media de la tarde. El médico tenía el guardapolvo puesto y seguramente se disponía a recibir pacientes porque no le extrañó que la puerta se abriera, aunque sí ver entrar a la madre del niño de la sala 8. Ella no lo saludó.

-¿Por qué nadie me habló de los fallecimientos en Pediatría, de la investigación que se está haciendo? ¿Cree que no tengo derecho a saber?

El doctor esquivó el escritorio. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón crema, le mostró con una mano el sillón de estar y se sentó primero, gesto inapropiado en persona tan apegada a los formalismos como Treviño. «¿Quién le dijo?», preguntó, pero [73] se arrepintió porque Irene dio por hecho la veracidad de cuanto le habían dicho.

Treviño le contó a grandes rasgos sobre las muertes, no tantas como se comentaba, sobre unas averiguaciones ordenadas por el Ministerio de Salud en respuesta a la presión de un grupo de padres.

-Nadie se resigna a la muerte, señora. Las demandas son una actitud de venganza. Eso ocurre en todos los hospitales, y ahora nos tocó el turno. No hubo negligencia. Los del Ministerio se dan cuenta, pero tienen la obligación de seguir hasta la presentación de un informe. Esta investigación quedará en la nada, y respecto a usted, no se preocupe, nuestro personal de Pediatría es el más calificado.

Siguió un pedido de disculpas en consideración a los pacientes en sala de espera, y la promesa de continuarla conversación en otra oportunidad.

-Prescribí a su hijo tres días más de internación. Ese vómito de la mañana me preocupa. Habrá que hacer nuevos estudios, tenerlo en observación hasta confirmar un diagnóstico

-dijo mientras la acompañaba a la puerta. Ella salió. En la cabeza retenía una frase de Treviño: «Tres días más de internación».

El jardín del sanatorio recordaba a Irene el cementerio del barrio alto, el mismo donde una tarde llena de garúas alguien le prometió a Marcela Ramos, la enfermera de su hijo, que su padre estaría bien porque la soledad sólo les ocurre a los hombres pequeños, y el coronel Ramos, evidentemente, no era uno de ellos.

Tenía 20 cuando él cayó en cama. Cursaba su segundo año en la escuela de Enfermería, motivo suficiente para que la familia dejase en sus manos la situación. Marcela se encargó de recibir al médico, de comprar los medicamentos, de contar en voz alta las treinta y cinco gotitas rojas de la medicina que fueron aumentando en la complicidad del dormitorio revuelto de trapos fríos, vinagre aromático, esencia de eucalipto y alcohol alcanforado. En los últimos días hasta su madre tuvo que pedir permiso para ver al enfermo, y fue ella quien les avisó cuando la desgracia ocurrió. [74]

Las tías no dejaron de admirar su entereza en los días posteriores al funeral. «Nadie quiso tanto a ese hombre como ella», les escuchaba murmurar mientras abrevaban las interminables rondas de café torrado de la abuela. «Tontas», pensaba ella desde su hermetismo. Las pobres no sospechaban lo que Marcela Ramos debió sufrir para lograr aquellos días entre ella y su padre, la luz de la mañana abultando las cortinas cargadas de encaje francés, rebosando los cortes laterales hasta dejar caer sus tiras amarillas sobre la alfombra de flores.

Ella cuidó del enfermo con tanta dedicación que probaba el aire antes de permitirle el paso hasta su lecho; cocinaba sus comidas, se las empujaba hasta la boca lila, le leía poemas después de la cena, periódicos antes del desayuno, le cantaba al oído en noches estrelladas y evitaba hacerlo en los de lluvia porque entonces se tendía a su lado y le contaba cómo el mundo se iba obscureciendo mientras una bandada de pájaros volaban detrás de la ventana, buscando cobijo.

Al principio le costó apartar a las visitas, a los parientes, a su madre, pero Marcela no cedió ni siquiera cuando todos ellos reclamaron derechos. Pronto esa otra vida más allá de la puerta del dormitorio fue un recuerdo de voces, de noticieros del mediodía desde el aparato de televisión de la sala, de ventanas cerrándose con el viento de la madrugada, de pasos en la escalera. Fue feliz con su padre porque por primera vez él la necesitó para existir. Lo fue cuando siguiendo con la mirada el goteo rojo de la medicina volteó y vio cómo él sabía lo que estaba haciendo y la dejaba. «Te quiero», le dijo cuando sintió el olor de la muerte en el cuarto. Él, viéndola desde un lugar que ya era otro, bajó sus parpados y se cubrió con ellos por última vez.

De aquella historia nadie sabía cuánto Marcela no quiso perder a su padre. Las cosas habían cambiado. No eran las mascotas envenenadas para contagiarse un poco de la emoción de lo definitivo. Ella lo necesitaba vivo, esperando por sus manos que lo acariciaban en el desamparo de cuarenta grados de fiebre. No dejó de sentir lo mismo con los otros, con sus hijitos del sanatorio [75] oliendo a talco, a agua para bebés, a crema para la irritación y aceite de coco. Esos chicos eran su vida.

IV

No llevaba la cuenta, pero el rubiecito debía ser el dieciocho o diecinueve. Lo quiso rápido, apenas Treviño le asignó el caso y ella lo fue a buscar a la habitación 8 de cortinas azules y figuras de isopor en las paredes.

No le tuvo miedo, como los otros. Un chico de tres años y un cuadro de fiebre y vómitos. Le habían hecho análisis. Estaba cansado de llorar, de mirar a la puerta para ver entrar a su madre -al principio era así, después se acostumbraban-. La confundió con una tía Teresa y le pidió lo cargara, sus bracitos levantados hacia ella en actitud suplicante.

La mamá recién comenzó a molestar a la mañana, pero la noche fue hermosa. Con la cabeza afiebrada de Santiago mojándole el corpiño -se había desabotonado el guardapolvo para calmarlo con el latido de su corazón- la muchacha corrió las cortinas dejando entrar la pintura de una luna hecha para las canciones de cuna, luna panzota de miel, de crema de leche, luna de gelatina. No le costó arrastrar la hamaca de mimbre hasta la ventana (el paciente estaba tranquilo) y ahí lo tuvo, y aquella madrugada fue feliz

Lo malo en esos dos años de servicio fue no poder acostumbrarse a los horarios de visita. Una dejaba al paciente como tenía que ser, el cuerpo desinfectado con agua oxigenada, el pijama flojito, el pelo cepillado con cuidado, la sábana subida hasta el pecho, las manos con leve aroma a alcohol mentolado, los dientes aseados con pañito húmedo, las partecitas polvoreadas con talco para evitar paspaduras. Si había suero, el brazo inmovilizado se aseaba con mayor cuidado para evitar infecciones, todo en orden, excepto ellas.

Las señoras siempre protestaban. Marcela sabía lo que les pasaba, y aunque prefería no pensar en ello, a veces sonreía con malicia sabiendo cuánto no podían soportar perder el control, [76] llegar a la sala y ver al chico con un talco que no les fue puesto por ellas, un pijama que no era el de los ositos de la mercería del barrio, una piel perfumada con una colonia que no podían identificar. «¿Qué pomada es esta? Él tiene su pomada contra la irritación», protestaban conscientes de lo inútil de sus vidas.

A veces se acercaban a la cuna como ladrones, y en voz bajita deliraban acerca de cosas de la casa, del perro, de los programas de televisión, de los amiguitos de la cuadra, de mensajes de las tías y cierta torta de melón esperando por ellos.

El diagnóstico de meningitis la dejó tranquila. Eso facilitaba las cosas. La absolverían de todo lo que no fuese el niño, y respecto a los padres, los tendría apartados. Cuando vino la revisión del caso, la rueda de médicos y el nuevo diagnóstico, su primera reacción fue la desesperación, pero pronto se conformó. Aquel sería otro caso difícil.

Actuó rápido, consciente del poco tiempo a su favor. Aquella mañana, antes del primer horario de visitas, el niño decidió tragar el líquido verde de la cuchara a cambio del chupetín con sabor a cerezas que le borró el sabor amargo de la medicina. La enfermera volvió a ver el líquido en el vómito del niño, cuando sacaban a Irene de la sala, y aunque Treviño pidió una muestra, no fue difícil explicar su distracción, la estúpida manía de desinfectar el cuarto y deshacerse de los desperdicios.

A las tres y media de la tarde -la misma hora que Irene ingresaba al consultorio del médico en busca de explicaciones-, dos enfermeras llevaban a la sala 8 un recipiente de suero y un calmante para el niño. En un rincón del cuarto, Marcela anotaba los datos clínicos del paciente. No le gustaba. Nunca había sido tan rápido.

Necesitaba más tiempo, una noche más, la respiración del niño humedeciéndole los senos, sus manos rosadas fregándole el módulo de la oreja izquierda, su boca pegajosa buscando en la oscuridad la rutina del chupete, dudando frente a los pezones duros, la lengua haciendo cosquillas, succionando primero con desesperación, después, con pausas aprovechadas por Marcela para secarse las [77] lágrimas, para levantarse la falda y soñar con un hombre con quien caminaría en un cuarto también oscuro, sin luna, sus pies descalzos tropezando con una cama donde recostarían sus cuerpos ansiosos, el amor sostenido como una moneda a punto de caerse, deslizándose aunque las piernas se cruzan en el afán de atraparla, amor rodando sobre la cama hasta terminar haciendo círculos en el piso, al lado de los zapatos.

Por primera vez Marcela dudó. El niño empeoraba. Pensó suspender el fármaco, pero temía una recuperación inmediata (no podía arriesgarse a que los padres se lo arrebatasen. Santiago la necesitaba).

Cuando el doctor Treviño recibió el llamado de urgencia del puesto de guardia de Pediatría, algo dentro suyo le anticipó de qué se trataba. «Fallo cardíaco, doctor. Perdemos pulso y respiración. Venga rápido». Ese sería el fin. Si perdía a ese niño, el Ministerio les vendría encima, la Comisión de Padres, la madre del paciente, su foto en el periódico, su carrera acabada. Abrió la puerta del consultorio. Llamó a su secretaria. «Suspenda las consultas», fue lo único que dijo al tiempo que apartaba con la mano el sobre amarillo que le tendía la mujer. «Ministerio de Salud. Informe sobre sumario. Caso demanda de padres», rezaba el rótulo. Mientras corría hacia el pasillo de los ascensores, el doctor ordenó que se lo dejen sobre la mesa.

El niño presentaba una fuerte reacción alérgica. Ingresó a terapia intensiva a las 16. 30, en una camilla rosada empujada por su enfermera de cabecera. Sobre la mesa del doctor Treviño, el sobre amarillo dejó de ser una curiosidad para la secretaria.

Lo había cerrado enseguida (no encontró nada de interés en los papeles mecanografiados), pero de todas maneras leyó la última parte, antes de la firma del comité interventor: «...y de las pruebas arrimadas y basándonos en los estudios psicológicos realizados al personal de Pediatría, le ordenamos separe del plantel a la enfermera de nombre Marcela Ramos, 22 años, en razón de los resultados del test practicádole en día 21 de julio pasado y hasta mayores exámenes». [78]

Seguía un bloque de documentos entre los cuales la secretaria encontró el referido por el informe. «TEST. MARCELA RAMOS. ENFERMERA. Presenta desequilibrios afectivos graves que nos han hecho acudir a investigaciones recientes de Universidades europeas (adjuntadas a este informe). Encontramos síntomas parecidos a los detectados, en pacientes a quienes se diagnosticó cierta patología conocida como Síndrome de Munchausen (causar daño para proteger a la víctima). Se deben realizar más estudios».

La mujer apagó la lámpara de mesa después de asegurarse de que todo estuviese en orden. No le gustaba trabajar en el hospital. Se sentía tan anónima. Hubiese preferido un

puesto de recepcionista en un banco, quizás un ministerio, algo que no oliese a remedios.

Afuera, una noche de primavera humedecía con su aroma exagerado el aire. Mientras esperaba el taxi, le pareció reconocer una figura cruzando los pasillos iluminados del corredor de terapia. ¿La señora de la tarde por la que el doctor se puso de mal humor? Sin saber por qué, recordó el informe. Ojalá el doctor no se percatase. De todas maneras, no lo entendió. Miró su reloj. El Capote amarillo del taxi que en aquel momento doblaba la esquina, la reconfortó.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

